

Queridos hermanos y hermanas,

Las lecturas nos presentan dos gestos hechos por dos viudas que tienen para nosotros una enseñanza muy importante.

En la primera lectura el profeta Elías le reclama a una viuda pobre de Sarepta aquello que le queda para vivir: un poco de harina y de aceite. Y ella se lo da.

Y en el evangelio otra escena sorprendente: una viuda que da voluntariamente al tesoro del templo aquello que necesita para vivir.

No son dos gestos, es el mismo gesto. Un gesto que nace de una certeza que hay en el corazón de estas mujeres sencillas y pobres: Dios no abandona a aquel que le es fiel, Dios no abandona a aquel que confía en Él hasta allá donde no sería razonable confiar. No es razonable lo que hacen estas mujeres, pero la fe, la confianza en Dios las lleva a ir más allá de la razón. ¡Que la fe guíe nuestra vida! Somos occidentales, tenemos una tendencia excesiva al racionalismo, que la fe guíe nuestra vida.

Que no quiere decir dejar de pensar, sino que nos mueva una razón iluminada por la fe, transformada por la fe, amada de fe. Miremos nuestra vida: ¿qué hay, más razón o más fe? Pienso que hay mucha racionalidad y poca fe.

¡La confianza en Dios! Parece el gran grito de Jesús a lo largo de su vida: ¡confiad en Dios!! En el evangelio de Juan lo llegó a expresar: "*Confiad en Dios, confiad también en mí*". (Jn 14.1)

Dios es Padre, Dios es Todopoderoso, Dios es misericordioso, Dios es providente. ¿Cómo podemos desconfiar de Él? ¿Cómo podemos quejarnos? ¿Cómo podemos tener miedo? Delante de un Dios así sólo nos queda el camino del abandono en sus manos, pase lo que pase, y nunca desconfiar de Él.

El ejemplo de las dos mujeres sencillas y pobres nos ha de iluminar. A nosotros, hombres y mujeres occidentales tan racionales, se nos pide esta fe, esta confianza, este abandono, que lleva a hacer gestos "irracionales". Yo no puedo decir cuáles han de ser, pero en el silencio de la oración, leyendo los evangelios, el Señor nos los mostrará.

Hoy ocurre una cosa curiosa Jesús ipasa a un segundo plano!. Él interpreta lo que acaba de pasar, pero lo que queda en primer plano es el gesto de la viuda. Hoy el protagonista no es Jesús, es la viuda pobre. A ella ihemos de contemplar!

Entre estos dos gestos aparece la denuncia de Jesús a los maestros de la ley. ¡Qué contraste tan brutal!

El evangelista confronta la confianza y el abandono en manos de Dios de la viuda, con la vanidad y la avaricia de los maestros de la ley.

El evangelista al poner estos textos, uno detrás del otro, nos quiere provocar, interpelar. El contraste presentado no puede ser más claro:

Interioridad - exterioridad

Oculto - vistoso,

Humildad - vanidad

Esencial- accidental,

Generosidad - avaricia,

Autenticidad - falsedad

Desprendimiento - acumulación,

Abandono - control

Valentía - cobardía

Confianza - desconfianza

Caridad - egoísmo,

Ocupación interior - preocupación por el mundo.

Contraste brutal y pedagógico el que presenta el evangelista.

Contrastes que nos llevan a mirar nuestra vida, a examinar nuestras motivaciones, nuestra manera de hacer, para descubrir si hay más: interioridad, ocupación interior, humildad, centrados en lo esencial, generosidad, autenticidad, desprendimiento, abandono, valentía, confianza, caridad, o quizás, hay más exterioridad, preocupación por el mundo, vanidad, accidentalidad, avaricia, falsedad, acumulación, control, cobardía, desconfianza, egoísmo,...

Nos hace falta purificación interior. La contemplación de las viudas pobres y sencillas de la primera lectura y del evangelio nos reclama purificación interior. De manera que estemos muy lejos de la actitud de los maestros de la ley que Jesús denuncia hoy.

Que esta eucaristía nos ayude a hacer nuestras las actitudes de estas dos viudas pobres y sencillas.